

CAPÍTULO QUINTO

Ocupación de los romeros.—De Albuquerque á Lamy.—Las Vegas.—De las Vegas á Newton.—El Cónsul mexicano.—De Newton á Kansas City.—De Kansas City á Toledo.

CONTENTOS y satisfechos caminaban nuestros romeros: agrupados en pequeños círculos según la proximidad de sus relaciones anteriores ó la simpatía que los iba uniendo; entreteníanse en conversar familiarmente; jugaban unos, cantaban otros, los sacerdotes rezaban el oficio divino, y por la noche dirigían el Rosario, cuyo devoto ejercicio se practicaba por todos los que iban en cada coche. Muchos escribían sus impresiones de viaje trasladando al papel las ideas y los sentimientos de que estaban poseídos. Los agentes de la compañía fraternizaban con los viajeros, llenándolos de atenciones y procurando cuanto era conveniente para su comodidad. Entre otros merecen especial mención, un irlandés apellidado Cook y un americano Slough. Ambos se hicieron acreedores á la simpatía y al agradecimiento de los peregrinos.

A las seis y media de la mañana del 11 de Abril descubríamos la primera población de importancia del territorio americano. Llegábamos á Albuquerque, en donde el itinerario nos permitió detenernos un rato para tomar el desayuno. Los habitantes de la ciudad acudieron á la estación, suponemos que por simple curiosidad, para vernos de cerca. Mirábannos con cierta especie de asombro; seguramente excitaba su admiración ver un grupo numeroso de mexica-

nos, que jamás habían visto, y acaso les admiraba más el vernos vestidos como ellos y oír á algunos de nosotros hablar su mismo idioma. ¡Se tienen ideas tan desfavorables é inexactas de nosotros en el extranjero. . . . !

Albuquerque, población de 8 á 10,000 habitantes, pertenece al territorio de Nuevo México, una de las grandes fracciones del que fué nuestro y perdimos de la injusta manera que todos saben. A pesar de los esfuerzos del protestantismo, los pobladores de esta nueva ciudad son en su mayoría católicos, y están apacentados por un cura y otros sacerdotes de la Compañía de Jesús, quienes sirven la parroquia. Las hermanas de la Caridad han establecido y sostienen allí dos escuelas para enseñanza de niños de ambos sexos.

La principal explotación en que se emplean los habitantes de Albuquerque es la cría de ganados.

El aspecto de la ciudad no deja de ser pintoresco, si bien el arte nada encuentra allí que pueda llamar la atención. Casas que parecen de cartón por la forma y la ligereza de su estructura; calles de aspecto poco elegante, sin empedrado en el piso y las banquetas con pavimento de madera; cercados de alambre ó de madera también, limitando los solares en donde se hallan edificadas las habitaciones.

Entre los edificios notables de la ciudad se distinguen dos principalmente, la Iglesia católica de San Felipe y el establecimiento de la Compañía *Atlantic Pacific*.

En esta ciudad fuimos recibidos por el estimable sacerdote jesuita el Padre Personé, Director del Colegio católico establecido en las Vegas, quien tuvo la bondad de emprender el viaje hasta dicho lugar con el objeto de saludarnos y acompañarnos una parte del camino. El Padre Personé fué acogido por nosotros con las atenciones que merecía. Es un eclesiástico que tendrá unos 52 años. De origen italiano, es de carácter afabilísimo, y como persona bastante ilustrada, su conversación es agradable y su trato cautiva á cualquiera que permanece cerca de él algún tiempo. El superior del Colegio de las Vegas nos dió informes sobre el estado que guarda el plantel que tiene á su cargo; nos manifestó que entre los doscientos

y tantos alumnos que encierra, hay como setenta de la República mexicana, á los cuales tendría el gusto de presentarnos al llegar á las Vegas; nos hizo relación, además, de todos los progresos que ha alcanzado el Establecimiento y de lo que de él se espera en el porvenir.

Partimos de Albuquerque, y una hora después hicimos alto un brevísimo rato en la estación de Wallage, próxima á una población que se llama Santo Domingo y se compone en su mayor parte de indígenas. Algunos de estos se acercaron á los coches ofreciendo en venta fragmentos de vidrio y de piedras de colores. Estos indios, muy semejantes en su configuración y color á los mexicanos, visten una tunicela corta que les da á las rodillas y traen cubiertas las piernas con una especie de pantalón ajustado, lo mismo los hombres que las mujeres.

Al llegar á la estación nombrada Lamy, es necesario recordar al dignísimo Prelado de Santa Fe, encargado de aquella Diócesis desde 1850 y muerto en Enero del presente año. Monseñor Lamy fué un insigne varón apostólico que trabajó empeñosamente en propagar la doctrina católica y la ilustración entre sus feligreses. Su memoria es bendecida de católicos y protestantes, y su nombre respetado de todos los vecinos de Santa Fe.

En este paradero de Lamy se bifurca la vía, tomando una la dirección de Santa Fe, que es la capital del territorio de Nuevo México, y la otra por donde va el camino que lleva á Las Vegas.

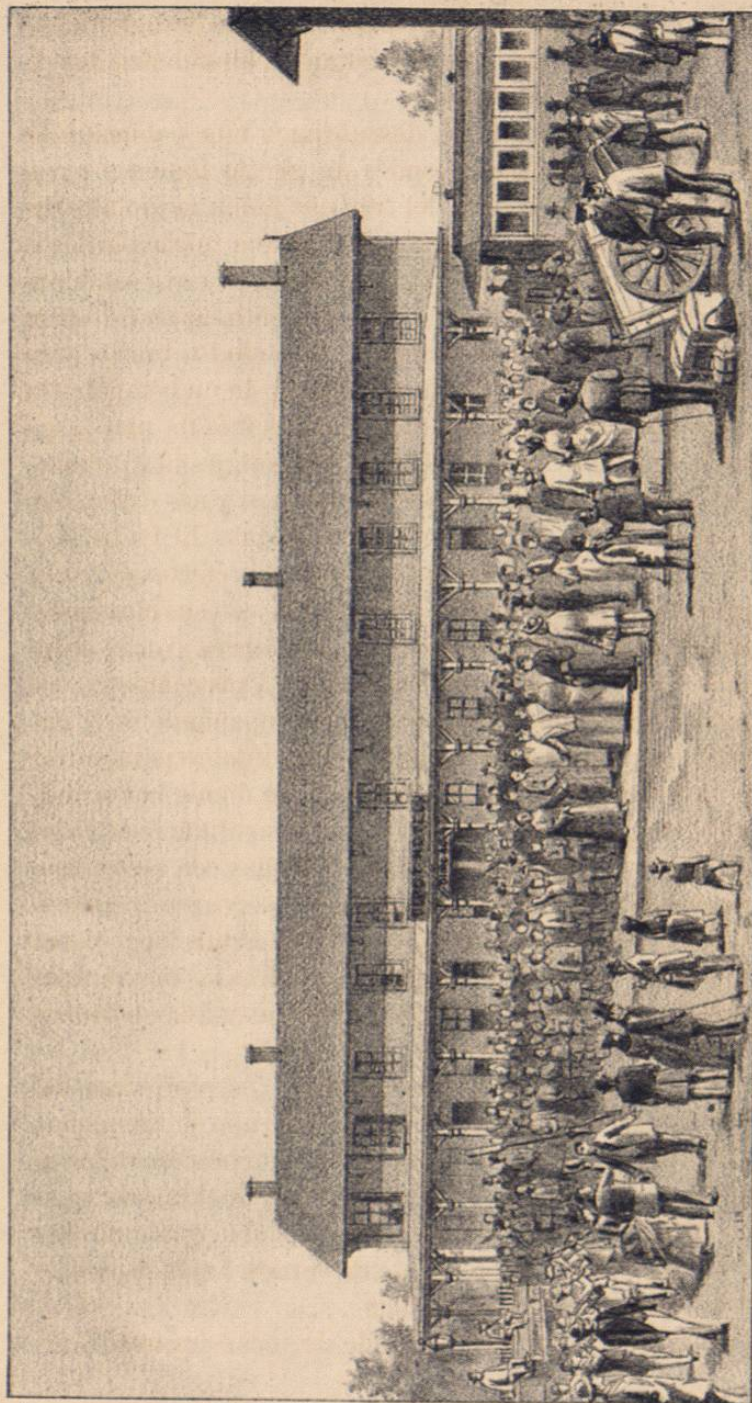
Desde poco antes de llegar á Lamy en dirección á Las Vegas, el aspecto del terreno cambia completamente. Desde Paso del Norte se atraviesa por inmensas llanuras desnudas de vegetación, áridos desiertos, de cuando en cuando cultivados en pequeña extensión; pero en lo general despoblados é incultos. Mas al acercarse á Lamy, el suelo comienza á ser accidentado, la vegetación principia á descubrirse, no enteramente rica y lozana, pero sí abundante en arbustos de oyameles y encinares. Más adelante se cree uno trasportado á nuestra montaña de las Cruces en el camino de México á

Toluca; el terreno tiene la apariencia de un bosque talado en otro tiempo, en cuyo suelo brotan en abundancia los retoños del ocote y del encino.

A las doce y media P. M. descubrimos una población de importancia. Momentos después un gentío inmenso agrupábase cerca de los coches del tren que había hecho alto delante de una estación. Los acordes de una música hirieron dulcemente nuestros oídos. Un sacerdote, en cuyo semblante se veía retratada la alegría y el contento, apareció entre la multitud vitoreando á México y abriendo los brazos para estrecharnos en ellos. Tenía el aspecto de un compatriota entusiasmado de ver á sus paisanos después de una larga ausencia de la Patria: era el Padre Anticoli, jesuita italiano, que ha residido muchos años entre nosotros y nos quiere con amor de hermano. Estábamos en Las Vegas. El Padre Anticoli y los otros sacerdotes catedráticos y prefectos del gran Colegio católico allí establecido, vinieron con sus alumnos y la orquesta del Establecimiento, á saludarnos con el entusiasmo y la alegría del que vuelve á ver á sus compatriotas. La población en masa había venido acompañándolos, y nos fué difícil atravesar entre aquella muchedumbre para entrar en el muy elegante salón del comedor, en donde nos aguardaba en bien provistas mesas un apetitoso almuerzo. Unas diez ó doce muchachas americanas, vestidas con aseo y hasta con elegancia, se hallaban dispuestas á servirnos, y comenzaron á ejecutarlo con esmero y prontitud, tan luego como nos sentamos. Amplio el comedor y extensas las mesas, apenas pudieron contener á los excursionistas y á las personas que nos cumplimentaban.

Terminado el almuerzo, el superior y los profesores del Colegio nos presentaron al encantador grupo de pequeños compatriotas que allí se educan, hasta el número de setenta; allí fuimos reconociendo á los hijos de algunos amigos nuestros de México y de los Estados de la República. Los jovenzitos manifestaban gran contento de vernos y oírnos hablarles de sus padres y de sus familias. . . .

La orquesta, que no había cesado de tocar durante el al-



LIT. C. MONTAURIOL. MÉXICO.

LLEGADA DE LA PEREGRINACIÓN Á LAS VEGAS, E. U.

muerzo, preludió una pieza nacional; el entusiasmo creció hasta el delirio; los abrazos y los vítores y las aclamaciones, demostraban la alegría de que todos estábamos penetrados. Los americanos que con nosotros se hallaban no eran indiferentes á estas manifestaciones y se mostraban poseídos del mismo sentimiento.

La campana del tren anunció la partida: muy á nuestro pesar tuvimos que separarnos de nuestros hermanos en la fe, de nuestros compatriotas, de nuestros amigos. Los jóvenes del Colegio se formaron en dobles hileras para ver desfilar los coches. Los peregrinos permanecieron en su mayor parte en las plataformas y antes de que el tren se pusiera en movimiento entonaron por vía de despedida nuestro Himno Nacional. Los vivas resonaron por todas partes; los habitantes de Las Vegas se conmovieron y nuestros corazones confundidos en el mismo sentimiento consagraron un tiernísimo recuerdo á nuestra querida Patria. ¡Cuán grato es ver compatriotas en el extranjero! . . . Después de algunos instantes, todo había pasado; habíamos perdido de vista á Las Vegas, en donde quedaban sin embargo, nuestros corazones y nuestros afectos.

Durante algunas horas seguimos corriendo sin cesar, atravesando rápidamente una extensa región carbonífera. El frío comenzó á hacerse sentir; poco tiempo después una ligera escarcha blanqueaba el suelo que abarcábamos con la vista. A las cinco y media, después de pasar un túnel de unos seiscientos metros de extensión, poco más ó menos, entrábamos en los límites del Estado del Colorado, y cosa de una hora más tarde nos deteníamos á las puertas de una ciudad que se llama Dodge City. Eran las seis y media de la tarde. Mucha gente se apresuró á reunirse en la estación para vernos pasar. Dodge está situada en un plano horizontal, en medio de una gran llanura en la cual los habitantes explotan la agricultura, especialmente en el ramo de ganadería. El aspecto de la ciudad dista mucho de ser pintoresco, no obstante su aglomeración de casas de papel, como parecen la mayor parte de las que hemos venido viendo desde que pisamos el

territorio americano. Sus calles, á lo que pudimos ver, están tiradas á cordel y no carece de establecimientos de importancia, como almacenes y bancos.

El día 12 de Abril nos amaneció llegando cerca de otra ciudad parecida á la anterior, en cuanto á su situación y á la forma de sus edificios. Kinsley se llama esta ciudad, en donde nos detuvimos para tomar el desayuno. Vimos al pasar amplias calles; pero sin empedrado y con aceras entablonadas; algunos grandes edificios; pero siempre de construcción provisional, como aparece todo en el país excepcional que venimos recorriendo. Los americanos, á lo que puede juzgarse por sus edificios y todas sus construcciones, no se cuidan de la posteridad. Es un pueblo que va con el día; que piensa en el hoy sin ocuparse en el mañana.

Una hora más; eran las ocho y media y estábamos en el territorio del gran Estado de Kansas. Todo el día habíamos de correr con la velocidad del vapor, antes de llegar á Topeka, la capital de esta floreciente estrella de la Unión americana. Muchas poblaciones de importancia habíamos de ver antes de tocar el límite del Estado vecino de Missouri.

A las nueve pasó el tren de la Peregrinación por una de las principales calles de Lamed; á las diez estábamos delante de Sterling, en donde nos llamó la atención el número de establos que se hallan en los arrabales de la ciudad: á las once, crugidos de frío, llegamos á Nickerson, situado en la llanura, y á la una y media, bajamos en la estación que se encuentra en una ciudad bastante poblada de edificios y habitantes. Llámase Newton, como el gran filósofo que ilustró con sus maravillosos descubrimientos las ciencias físicas.

Al bajar de los coches para dirigirnos á la fonda, fuimos sorprendidos con un agradable recibimiento, del todo inesperado. El cónsul mexicano en Kansas había venido á Newton para saludarnos y ofrecernos sus servicios. Mauricio Rhaden se llama el cónsul, que es un caballero de origen alemán, de gallarda presencia, vestido con irreprochable corrección, y dotado de un bellissimo carácter, que unido á su fina educación y exquisitos modales, le constituyen un tipo el más



SR. MAURICIO RHADEN
CÓNSUL DE MÉXICO EN KANSAS

acabado de caballero, y le hacen simpático é interesante. Presentóse á la Comisión dando á conocer su investidura consular; uno de los comisionados le presentó al Illmo. Sr. Obispo, y después, durante la mesa, á todos los peregrinos, quienes quedaron muy agradecidos á la galante y delicada atención del cónsul mexicano.

Después de un regular almuerzo servido en el muy elegante comedor de la Estación, volvimos al tren, no sin haber recorrido, aunque de prisa, la hermosa avenida principal de la ciudad, que corre de N. á S. Visitamos varias tiendas de comercio y nos detuvimos leyendo algunos de los letreros que cubren sus fachadas.

Instalados en los coches, el apreciable Sr. Rahden, acompañado del secretario de la Comisión, visitó uno por uno todos los departamentos, haciéndose presentar individualmente con cada persona y ofreciendo á todos sus servicios.

A eso de las cinco, después de haber pasado sin detenernos, por la ciudad de Strong, llegamos á la de Emporia, fundada en 1860, y cuya población ya pasa de 15,000 habitantes. Emporia debe su fundación en gran parte á la iniciativa y á los cuidados del senador Plumb, cuya habitación en la ciudad es uno de sus mejores edificios. Entre los grandes establecimientos que se han erigido hay un Asilo para hombres y una gran Escuela normal.

Como á las seis de la tarde pasamos sin hacer alto por otra población que se llama Peterson, y pocos minutos después veíamos la hermosa ciudad de Topeka, capital de Kansas. No paró el tren allí, y sólo de paso pudimos ver que es una ciudad de bastante importancia, cuya población, según se nos informó, pasa de 60,000 habitantes: tiene hermosas calles y buenos edificios, aunque de construcción ligera.

Poco antes de oscurecer llegamos á la ciudad de Lorence, lugar célebre en la guerra separatista. Lorence tiene una población de más de 25,000 habitantes, y en ella hay considerable número de católicos. Una buena Universidad del Estado se halla establecida y existe además una escuela para indígenas. Gran número de personas, principalmente de

señoras, esperaba en la estación nuestra llegada. Nos veían con cierto interés mezclado de admiración, y algunos individuos se acercaban á saludarnos.

A las 9 y media de la noche, en medio de la oscuridad que reinaba, distinguimos infinidad de puntos luminosos, que pronto aclaramos eran focos eléctricos. Estábamos llegando á Kansas City, la gran ciudad, la ciudad comercial y agrícola del Estado del Missouri, el gran mercado de ganadería, la ciudad de los ferrocarriles y de las vías de cable, con su gran población de más de 200,000 habitantes. La estación de Kansas es uno de los puntos de confluencia de los ferrocarriles en que se cruzan muchísimos trenes que parten en distintas direcciones. Es sorprendente el movimiento de los que llegan á la estación y parten de ella, no siendo exagerado decir que se acerca á cien el número de los que diariamente se detienen allí. Durante nuestra permanencia, que fué de sólo tres horas, vimos partir y llegar hasta ocho grandes trenes, sin contar el nuestro.

Kansas ha de ser una ciudad de muy bello aspecto por hallarse en un terreno accidentado y tener en sus inmediaciones el gran río Missouri, que la riega y fecunda. La parte baja de la ciudad está comunicada con la alta por ferrocarriles de cable que mantienen un gran tráfico interior. Toda la ciudad está alumbrada con luz eléctrica, cuya claridad nos permitió ver los grandes edificios y juzgar de la extensión y belleza de algunas calles.

Al llegar nuestro tren á la estación, infinidad de curiosos se habían aglomerado, y habríamos seguramente sufrido algunas incomodidades, y aun tenido que sentir de los rateros, si la solicitud de nuestro cónsul no hubiera hecho apercibir á la policía, que en obsequio de la verdad atendió eficazmente á nuestra seguridad.

Pero si la policía pudo alejar de nosotros á los rateros, no acertó á librarnos de los reporters de periódicos, especie de avispa que se le pegan á uno en los Estados-Unidos, siempre que llega á una ciudad de importancia, y muchas veces salen al camino á esperarle, recorriendo centenares de mi-

llas. Adelante veremos cómo desde Nueva-York fueron hasta Búfalo á encontrarnos los agentes de periódicos de la primera ciudad americana.

Por donde quiera que andábamos nos acometían estos especuladores en noticias, hablándonos ya en inglés, ya en mal español, que apenas entendíamos.

Cuatro sacerdotes, uno de ellos el párroco de la feligresía católica de Kansas, fueron al coche del señor Obispo, y hablándole en buen latín, le presentaron sus respetos y dieron á la excursión la bienvenida. El Sr. Portillo correspondió con frases de cortesía á tan bondadosas manifestaciones.

Alguna molestia causó á los peregrinos el trasborde que fué necesario hacer en esta ciudad, por no haberse ofrecido á la excursión coches iguales en capacidad á los que traíamos, si bien los que se pusieron eran más decentes. Arregladas las dificultades que suscitó la nueva instalación, como á la media noche la locomotora echó á correr.

Apenas salidos de Kansas, atravesamos el hermoso río Missouri pasando por un gran puente de hierro, uno de los más gigantescos que se han construido en la nación americana. En seguida nos dormimos, y nadie se dió cuenta de lo que pasó, ó más bien dicho, de los lugares por donde pasamos, hasta la mañana del 13, en que amanecemos contemplando las bellezas de una comarca montañosa, regada por el rey de los ríos americanos, el gran Mississipí, y cubierta por lo mismo, de exuberante vegetación.

Las ocho de la mañana serían cuando nos detuvimos á desayunar en Hannibal, ciudad como de 20,000 habitantes, situada en un valle hermoso fertilizado por el Mississipí. A poco de haber salido de la estación entramos en un túnel como de 500 metros, y al salir á luz nos encontramos con el gran río, y nuestro tren pasando un maravilloso puente de fierro, en el cual nos detuvimos algunos minutos, lo que nos permitió verlo á nuestra satisfacción. Tendrá como 300 metros de extensión y unos diez de ancho. Es una obra de ingeniería de gran mérito y muy atrevida.

Omitía decir que en Hannibal nos cercaron los reporters

como en Kansas; pero aleccionados ya los peregrinos que hablaban inglés, procuraron hacer á los reporters preguntas en vez de contestar á las suyas, sistema que nos produjo buen resultado en muchos casos posteriormente.

Una hora más tarde llegábamos á Greggsville, ciudad del Estado del Illinois, situada entre bosques de árboles poco corpulentos, que parece han sido recientemente plantados. Nada notable vimos en esta ciudad, que no carece, sin embargo, de importancia.

A las doce del día descubrimos á Springfield, capital del Illinois, que tendrá unos cuarenta mil habitantes y se halla situada en medio de dilatada llanura. Gran concurrencia de señoras y caballeros nos esperaban en la estación; veíamos con extraña curiosidad; muchos reporters se acercaron á conversar con nosotros y á dirigirnos sus repetidas preguntas.

A las cinco de la tarde tocamos á Danville, gran población cuyo caserío ocupa algunas millas de extensión. Sus calles son hermosas y amplias, y tiene edificios de importancia relativa, al estilo americano y algunos de arquitectura parecida á la gótica. En la estación vimos siete grandes trenes, unos con pasajeros y otros con carga, dispuestos á partir en distintas direcciones.

Pocos minutos después se presentó á nuestra vista otra ciudad de menor extensión y de aspecto pintoresco, situada á la falda de una loma y regada por un río.

Otros cuantos minutos y nos hallábamos en la estación de Lafáyerre. Llamónos la atención el grupo de sus edificios, entre los que se destacaban las torres de muchos de ellos en una forma semejante á las agujas góticas. Descubrimos entre los edificios muchas fábricas. El censo de esta ciudad no debe bajar de 25,000 habitantes, y se nos aseguró que hay entre ellos un considerable número de católicos. El interés con que se acercaban á los coches muchas de las personas que en gran concurso invadían la estación, hízonos confirmar aquel informe que nos dió un americano protestante. Presenciamos un rasgo de piedad conmovedor en uno de aquellos correligionarios. Llegóse á uno de los peregrinos que venían

en la plataforma, y dándole la mano le preguntó si hablaba inglés; contestándole el interpelado negativamente, el ferviente católico le dirigió en latín esta piadosa encomienda: *¡Ora pro nobis!* En ese momento el tren partió y aquel hombre estrechó con efusión la mano del peregrino, é hizo una reverente inclinación de cabeza, despidiéndose de todos con el sombrero en la mano. Otras muchas cabezas vimos descubrirse y se agitaron muchos pañuelos en señal de afectuosa despedida. La persona á quien fué dirigida aquella hermosa y cristiana encomienda se formó el propósito de pedir en su oportunidad al Santo Padre una bendición especial para este fervoroso creyente.

No trascurrió una hora sin que llegáramos á otra población de importancia, Logansport, en donde subieron dos sacerdotes católicos á saludarnos.

Otra hora más y pasábamos por Deffiance, pueblo menos numeroso, en donde no nos detuvimos.

A la media noche pasamos por Toledo, ciudad populosa del Estado de Ohio. Nada vimos de ella, ni tampoco nos dimos cuenta de nuestro paso por Detroit, población de mucho mayor categoría y extensión, en donde sin apercibirnos de ello se nos trasladó en balsa de uno á otro lado del río que une el lago St. Claire y el Erie. Amanecimos en el Canadá, posesión británica, y á las 7.50 A. M. nos deteníamos en St. Thomas, población inglesa, después de haber recibido la visita de los agentes fiscales, quienes no nos causaron más molestia que pegar en algunas de nuestras petacas ciertos papeles impresos que certificaban el registro aduanal. Crujidos de frío y entre una espesa neblina bajamos al comedor de la estación, en donde se nos sirvió un *lunch-desayuno*, por la módica suma de 20 centavos americanos.